



Claudia Barzana

ALGUNOS SECRETOS SON  
DEMASIADO PODEROSOS  
PARA PERMANECER OCULTOS

*Los secretos  
de la niebla*

  
VESTALES

Barzana, Claudia

Los secretos de la niebla. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-30-0

1. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

[info@vestales.com.ar](mailto:info@vestales.com.ar)

[www.vestales.com.ar](http://www.vestales.com.ar)

ISBN 978-987-4454-30-0

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,  
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,  
bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
la reproducción total o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento,  
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,  
y la distribución de ejemplares de ella  
mediante alquiler o préstamos públicos.

*El dolor de la separación no es comparable  
con la alegría de reunirse de nuevo.*

La vida y las aventuras de Nicholas Nickleby, *Charles Dickens.*

## PRÓLOGO

Buenos Aires, 1890.

La noche había desplegado sus alas sobre la ciudad hasta bañarla de oscuridad y de un silencio que ni siquiera el silbido del viento perturbaba. Las calles se encontraban desiertas. La farola instalada en la esquina abría una brecha de fulgor en medio de la penumbra nocturna. El leve sonido de unos cascos sobre el empedrado no pudo alertar a Thomas y a Victoria sobre lo que, minutos después, sucedería dentro de la casa que habitaban desde que habían arribado de la estancia La Victoria. En esa quietud, lejos de la ciudad de la niebla, donde todo había comenzado, se habían amado sin temor al saber que por fin podían disfrutar de la devoción que se prodigaban. Ambos lo habían logrado. Nunca habían creído que pudiera existir un motivo que los uniera más; sin embargo, el nacimiento de Colin lo había sido. Con apenas unos pocos meses de vida, ese hijo los había conmocionado y llenado de felicidad. Atrás quedaban las dificultades que habían debido sortear para estar juntos.

En medio de la algarabía que los embargaba, una de las pesadillas que cada tanto asaltaban a Victoria regresó:

La espesa bruma cubría el sendero mientras el ulular de los búhos guiaba mi camino. Una

luz mortecina asomaba en medio del grisáceo paisaje. Mis pies eran los que decidían la dirección, lastimados por las espinas que abundaban en el recorrido. Tuve que sortear las ramas que lastimaban mi cuerpo en el afán de ir hasta allí. Al fin llegué hasta el vetusto portón, lo descorrí al tiempo que todo se hacía oscuridad y me faltó el aire en los pulmones al escuchar un sordo sonido.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Mi amor, despierta.

La respiración agitada y el miedo instalado en el cuerpo de Victoria hizo que ambos abandonaran el sueño. Victoria no encontraba consuelo en los brazos de Thomas hasta no tener en el regazo a su bebé. Fueron largos los minutos de espera, y ella no estaba dispuesta a continuar aguardando a que se lo trajera.

Thomas se apresuró a entrar a la habitación de su hijo. La ventana estaba entreabierta, y la leve brisa hacía flamear la cortina blanca que la vestía. La cuna estaba vacía, y el peluche que se había transformado en el fiel compañero de Colin había sido arrojado a un costado del cuarto. Un lacerante dolor se instaló en el cuerpo de Thomas, sin poder siquiera pensar qué era lo que había sucedido. Notar la au-

sencia de su pequeño hijo le cortó la respiración. De inmediato pudo entender que nada de lo vivido había sido una desagradable pesadilla. En medio de la quietud nocturna, un profundo grito emergió de las entrañas del hombre e irrumpió en la calma y el sosiego reinante hasta ese instante en la propiedad. A partir de ese momento, nada fue igual. Junto a la desesperación que le había invadido el cuerpo, ver el rostro de Victoria, que buscaba al bebé, terminó de desgarrarlo por dentro. No hubo palabras para manifestar semejante dolor. Ambos supieron que las lágrimas deberían esperar y que cada minuto de tiempo que se perdía jugaba en beneficio de quien se había apropiado de Colin. Solo tuvo tiempo de jurarle a Victoria que no regresaría si no era con el hijo de ambos, que daría la vida para que volviera y que no descansaría hasta saber el motivo y el nombre del autor del secuestro, aunque evitó decirle que no tendría piedad contra quien había osado robarle a su hijo.

Thomas atravesó el amplio jardín hasta alcanzar el cobertizo, donde se ubicaba una berlina de paseo junto a algunos caballos. Montó el suyo y salió disparado hasta mezclarse en la insondable oscuridad. El lejano eco de unos cascos que resonaban contra el empedrado de una de las calles guio la dirección que él había tomado. La velocidad impresa al caballo le permitió a Thomas vislumbrar a la distancia una sombra que, como él, se movía con gran agilidad. El sendero se abría hacia la zona sur de la ciudad. La costa del riachuelo se recostaba somnolienta, mientras algunos barcos anclados se bamboleaban en las turbias aguas del río. El joven entornó los ojos, pero no logró ver más allá de la ribera habitada por pajonales, camalotes y juncos que se mecían sobre el agua enlodada. Antes de descender del corcel, tomó el arma que llevaba en la carona, debajo de la silla de montar, y se la colocó en la cintura del pantalón. Caminó son sigilo, sin encontrar ninguna se-

ñal que le indicase que su hijo estaba cerca, salvo por su propio instinto. Se adentró en medio de la costa, por el terreno fangoso, sin detectar rastros de nadie más. Centró la vista en las sombras oscuras que delineaban las embarcaciones que zarparían a primera hora de la mañana en tanto evitaba pensar que a Colin podrían llevarlo en una de ellas hacia cualquier destino y que todo ello podía suceder en cuestión de unas pocas horas. No quería que la desesperación le jugase una mala pasada, aunque tiempo era lo único con que no contaba. Hubo algo que distrajo su atención: unos tenues remolinos en el agua, provocados por un pequeño bote que no dejaba de mecerse a poca distancia de donde él se encontraba. Enfiló hacia allí con el convencimiento de que no era la corriente lo que provocaba el movimiento. De repente, el llanto de un bebé quebró la quietud de esa noche, y un ruido sordo le erizó la piel. Se adentró en el agua y se abalanzó de golpe sobre un sujeto que estaba dentro. Rodaron hacia un costado, lo que hizo que la embarcación se ladeara. El llanto del bebé se intensificó, mientras Thomas, cegado por la furia, estampaba puñetazos a diestra y siniestra sobre el cuerpo del desconocido. Thomas sentía el puño resbaladizo ante la sangre que manaba del rostro ensangrentado del secuestrador.

—¡Hijo de puta! Antes de que te mate, ¡dime quién mierda eres!

Ante el silencio, Thomas lo tomó del cuello y lo acercó para poder verlo mejor, aunque el lodo, la sangre y los golpes acababan de deformarle el rostro.

—¿Quién eres?

En el mismo instante en que la mano de Thomas fue a la cintura para desenfundar el revólver, escuchó con horror el nombre de aquel a quien creía haber sepultado por

siempre.

—John Miller —balbuceó ante la fiereza de su interlocutor, al suponer que era eso lo que deseaba saber. Supo de inmediato la sorpresa que le había provocado oír ese nombre—. Soy su hijo —agregó en un inglés entrecortado ante los golpes recibidos.

En ese mismo instante, una serie de imágenes aterradoras atiborraron la mente de Thomas: el incendio en el que había perecido su hermano Will años atrás, la desesperación por saber quién había cometido semejante hecho junto a la posterior búsqueda por localizar al asesino de su hermano menor. Nunca olvidaría el momento preciso en que se había encontrado apuñalando una y otra vez a Miller, en aquella fría noche del 6 de abril. De ese modo había vengado la muerte de Will.

—Ansié durante mucho tiempo —pronunció entre jadeos y borbotones de sangre que le manaban de la boca— este momento.

Entre tropicicones, Miller logró deshacerse de las manos de Thomas y giró hacia el otro lado de la pequeña embarcación para tomar al bebé, que no había dejado de llorar. Thomas no soportó ver que las manos ensangrentadas y sucias de ese sujeto, arrojaban a Colin.

—Deja a mi hijo —ordenó.

—Tira tu arma —replicó.

Thomas no dudó en hacerlo, porque podría defenderse con el facón que siempre llevaba calzado en la cintura. Todavía conmocionado por lo que acababa de escuchar, el sonido de un disparo irrumpió junto con una mancha colorada que comenzó a expandírsele por el torso y a teñirle la



prenda que vestía. El ardor en el pecho no impidió que se abalanzase sobre Miller para arrancar a su hijo de las garras de ese individuo que no dejaba de mecerse en el bote. Thomas asió el cuchillo y lo asestó en el pecho de Miller, como si todo volviera a repetirse, aunque era su hijo el que estaba en peligro y, esa vez, podría dar su propia vida por salvarlo. Vio que el cuerpo de Miller se convulsionaba con espasmos involuntarios sobre la superficie húmeda de la barca.

Sin dilación, tomó a Colin en brazos y se dio vuelta para sacarlo de allí. Debía dejarlo a resguardo antes de acabar con aquel malnacido. Dejó a su hijo fuera de la embarcación, a un costado, sobre el terreno lodoso, pero justo cuando se incorporaba, otro disparo detonó y dio de lleno en la espalda de Thomas. Como si fuese lo último que pudiera hacer en la vida, intentó fijar los ojos sobre los de su bebé. Necesitaba saber que lo había salvado. Su visión comenzó a perder nitidez poco a poco al tiempo que todo a su alrededor se borraba. Sin embargo, en medio del estremecimiento que lo recorría, Miller le gritó. Lo que Thomas escuchó segundos después le heló la sangre. No podía ser verdad lo que había confesado ese hombre: cada palabra que el otro lanzó al aire comenzó a retumbarle en los oídos. Cuando Thomas quiso reaccionar, el sonido de otro disparo lo confundió más aún. Pudo ver que el cuerpo de Miller dejaba de moverse, por lo que no podía haber sido él el autor de la descarga. Fue en ese instante que el llanto de su hijo irrumpió en el ambiente, el último sonido que escuchó antes de que sus ojos se cerraran para caer en una inmensa oscuridad.

# CAPÍTULO 1

## Por esos ojos

Tres largos días habían transcurrido desde el fatídico hecho en que todo había cambiado dentro de la casa de Thomas Wood. Los primeros rayos de la mañana atravesaban el cristal de la ventana en uno de los pabellones del Hospital Británico e iluminaban la silueta de Victoria, recostada sobre la cama de Thomas a la espera de un milagro. Ella nunca había creído que pudiera ser capaz de sentir tanta desesperación como la que la había embargado noches atrás al saber que su hijo había desaparecido. Sin embargo, en esos días, no encontraba consuelo entre el dolor, la angustia, el desasosiego y el pesar que la aquejaban ante el incierto estado de Thomas. Aún en su mente se repetía la despedida de él al salir en búsqueda de Colin tras prometerle que lo traería con vida. Nunca había puesto en duda que él haría lo que fuera para cumplir con esas palabras. Ella se aferraba a aquella imagen para mantener la ilusión de que en algún momento Thomas abriría los ojos y de que esa mirada azul que la había enamorado volvería a cobrar vida. No había dejado de velar por él ni un minuto, aunque las enfermeras en reiteradas oportunidades le indicaban que podía retirarse para descansar. Ella no se había movido. Luego de saber que Colin no había sufrido ningún daño, lo había dejado al cuidado de Paca, que aprovechaba cada mediodía para llevárselo. Mimar y besar a su hijo era lo único que le daba a Victoria la fortaleza necesaria para

continuar a la espera de que todo se recompusiera y de que volviesen a estar los tres unidos para dejar atrás todos los traspiés que habían debido esquivar el último tiempo.

—Victoria —susurró la señorita Taylor, que mantenía hasta ese momento el cargo de enfermera en jefe—, hay alguien que te espera en la sala.

—Yo no creo que deba...

—Yo pienso que sí —interrumpió, sin dejarla continuar—. Yo me quedaré por aquí. Debes saber que Thomas ha estado en las mejores manos. La cirugía ha salido muy bien.

La enfermera Taylor la conocía desde hacía años, cuando la joven madre, aún en compañía de la señora Sáenz, visitaba la institución tras escabullirse de la autoridad materna para colaborar con los pacientes que estaban allí en la lectura de algún pasaje de un libro. Siempre había sentido una especial predilección por la muchacha. Victoria nunca se había olvidado del hospital ni de ella en el tiempo que había estado en Londres. De parte de la joven, había recibido una gran cantidad de libros para ayudar a los enfermos a pasar mejor la estadía allí dentro. Ella sabía que Victoria la necesitaba más que a nadie porque en ese momento la veía sola, aunque no se había animado a preguntar por la familia Sáenz, que se mantenía ausente, lejos de su hija.

—Pero él no está bien.

Victoria no se había dejado engañar cuando le habían insinuado que el efecto de la anestesia durante las primeras horas luego de la intervención era lo que lo mantenía dormido y ajeno a la realidad. El cloroformo colocado antes de la intervención duraba solo el tiempo necesario para relajar y operar al paciente. Claro que el estado de Thomas se debía a la gravedad del cuadro.

—La pérdida de sangre ha sido mucha. Ha tenido la suerte de que los disparos no tocaron ningún órgano vital. Ahora solo resta esperar, pero debes estar fuerte para acompañarlo cuando él se recupere.

—Gracias por la esperanza que coloca en sus palabras.

—Querida Victoria, eso es lo último que debe perderse.

La joven se levantó y echó una mirada hacia el pabellón que habitaba Thomas. Rememoró las veces que había dado aliciente a los familiares de los enfermos a los que había asistido en el Hospital Saint Thomas, en la ciudad de Londres, durante el tiempo que había colaborado en aquel centro médico.

—Ve, Victoria.

Caminó hasta salir de allí y vio, sentada en una de las sillas de madera, a Josefina Estrada, una amiga que tenía desde pequeña. Ambas habían transformado esa relación de amistad en una hermandad. A ella le había confesado los secretos más recónditos, y la muchacha la había acompañado en los distintos momentos en que la había necesitado. Se abalanzó de inmediato en los brazos de Josefina y se lanzó a llorar sin consuelo. Necesitaba liberar la zozobra que la carcomía por dentro.

—Victoria, debes calmarte. Estoy convencida de que todo va a salir bien. —Josefina se separó para mirar a su amiga y certificar con sus ojos café lo que acababa de asegurarle—. Deberías salir de aquí un rato.

—No quiero.

—Entonces, vamos a sentarnos.

Ambas se ubicaron a un costado de la amplia sala de espera iluminada por una ventana.

—Si quieres distraerme, cuéntame algo —dijo Victoria mientras mantenía las manos unidas a las de su amiga.

—Ayer por la noche, estuve con alguien que me tiene enamorada. Te aseguro que estoy perdida por él desde el mismo momento en que lo vi.

La cara de asombro de Victoria hizo que Josefina sonriera.

—¿Ha regresado? ¿Lo has visto al fin? ¡No me has contado nada! Espero que esta vez él no te haga sufrir.

—Mmm... —murmuró sonriente—. Creo que tu pensamiento se ha ido hacia otro lado.

—Déjate de adivinanzas. ¿De quién se trata?

—Deberías saber que es Colin quien me tiene en Babia cada vez que lo veo. Ahora me aprovecho de su compañía, ya que su madre no está con él.

Victoria lanzó una sonrisa al imaginarse a su hijo en brazos de su amiga. Estaba segura que no habría dejado de mirarlo.

—Pero me has ilusionado al pensar en que Francisco había regresado.

Josefina calló. No era el momento para hablar de ella, ni de él, y menos de la relación a la que había sucumbido tiempo atrás. Lo único que la joven buscaba era robarle una sonrisa a su amiga y lo había logrado.

—Junto con Paca, no dejamos de malcriarlo. Cuando ustedes regresen a la casa, deberán ponerse firmes con el niño, porque nosotras lo estamos echando a perder.

—Gracias, amiga, por todo lo que haces.

—No debes agradecerme, ¿o quieres que enumere todo lo que has hecho por mí?

—Lo sé, es que necesito tanto tu compañía. Me siento muy sola.

—Victoria —señaló al desviar la mirada hacia el pabellón donde se alojaba Thomas—, él te necesita entera. Debes darle motivos para luchar.

—Tienes razón. Ahora quisiera estar con él.

—Si lo deseas, te espero aquí.

—No es necesario. Gracias por estar a mi lado.

—Por la noche, regresaré.

—No es necesario, disfruta de Colin.

—Está bien, pero mañana vendré —prometió al abrazar a Victoria—. Quédate tranquila, que todo saldrá bien.

\* \* \*

En el hospital, las horas transcurrían con una parsimonia difícil de soportar. Victoria necesitaba salir de allí para refrescar la mente. Besó los labios de Thomas en un intento de

darle la calidez que siempre tuvieron y se dirigió rumbo a la salida por la calle Perdriel. Cuánto había cambiado todo desde que había regresado de Londres. No solo la institución médica no estaba ubicada en el mismo lugar que ella conocía cuándo había concurrido para asistir a la señorita Taylor, sino que también la casa familiar, en donde había crecido, había dejado de pertenecerle porque ella ya no era parte de los Sáenz. Los distintos lugares a los que había concurrido de pequeña habían perdido su identidad característica porque ella no contaba con esas raíces. Su paso por la vida de la familia Sáenz había sido del peor modo, y el desprecio hacia Victoria había reemplazado el cariño que decían haberle profesado. Lo único cierto e irrefutable que tenía era el profundo sentimiento que la unía al único hombre que había amado y que amaría por siempre. No estaba dispuesta a perderlo luego de las distintas dificultades que habían tenido que atravesar para estar juntos. Haría lo que fuera por recuperarlo.

En medio de tales elucubraciones, no supo cuántas cuerdas caminó, pero se detuvo de inmediato al tener frente a sí a la iglesia Santa Felicitas. Quizá fuera una señal y la palabra de Dios lograra aquietar la angustia que se había apoderado de todo su ser. Al entrar, la abrazó un silencio solo interrumpido por el eco de sus propias pisadas sobre la cerámica española que tapizaba el suelo. Enfiló hacia uno de los tres altares que se alzaban en el frente y se ubicó en el primer asiento de una fila de bancos de madera colocados a lo largo de la nave central. Allí, arrodillada, imploró por Thomas.

—Dios mío, te pido, por lo que más quiero, que lo salves —rogaba con las manos entrecruzadas en medio de un sollozo ahogado y desconsolado—. Debes salvarlo. Sin él,